

B-7-VI (15)

cat 1º Mayo 88

Duplicat

15

LA RELIGIÓN Y LA PATRIA.

SERMÓN

QUE EN EL DIA 2 DE ENERO DE 1884,

ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA DE GRANADA

PREDICO

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE ESTA CIUDAD

el Rdo. Padre

Don Francisco Jimenez Campaña,

SACERDOTE Y PROFESOR

DEL COLEGIO DE PP. ESCOLAPIOS

DE ESTA CAPITAL.

Impreso con licencia de la Autoridad Eclesiástica,
por acuerdo y á expensas del Excelentísimo Ayuntamiento.

GRÁNADA.

Imprenta de LA LEALTAD á cargo de J. G. Garrido.

1884.

B
2
153(15)

SERMÓN DE LA TOMA DE GRANADA.

1884.

1875

R. 20247

LA RELIGIÓN Y LA PATRIA.

SERMÓN

QUE EN EL DIA 2 DE ENERO DE 1884,

ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA DE GRANADA

PREDICÓ

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE ESTA CIUDAD

el Rdo. Padre

Hon Francisco Jimenez Campaña,

SACERDOTE Y PROFESOR

DEL COLEGIO DE PP. ESCOLAPIOS

DE ESTA CAPITAL.



Impreso con licencia de la Autoridad Eclesiástica,
por acuerdo y á expensas del Excelentísimo Ayuntamiento.

GRANADA.

Imprenta de LA LEALTAD á cargo de J. G. Garrido.

1884.

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE LA MUY NOBLE, MUY LEAL Y HERÓICA CIUDAD DE GRANADA,

fiel custodio de las glorias de nuestros abuelos,

COMO HOMENAJE DE GRATITUD Y TRIBUTO DE CONSIDERACIÓN

dedica este humilde discurso

S. S. S. y Capellán,

Francisco Jimenez Campaña.

A mi querido amigo el ilustre escritor católico
D. Francisco Diaz Carmona
homenaje del

Autor


Hi in curribus et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.

Ipsi obligati sunt et ceciderunt: nos autem surreximus et erecti sumus.

Estos fían en sus carros y aquellos en sus caballos: mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro.

Ellos fueron atados y cayeron: mas nosotros nos levantamos y pusimos derechos.

(Salm. XIX, v. 8 y 9.)

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

Nación que no canta sus triunfos en el templo del Señor, ni coloca las tumbas de sus héroes á la sombra del santuario, ni señala con signo sagrado los dias memorables de su historia, esta tal nación, como carece de vida y de nobles recuerdos, no podrá ser apellidada, por sus hijos, con el dulce nombre de patria. Sus guerreros serán más sabios que esforzados, más temerarios que valientes, y como no defenderán en la pelea la verdad de la Religión, la santidad de sus hogares, los sepulcros de sus abuelos ni el honor de sus reyes, no tendrán constancia en la refriega, ni heroismo en sus hazañas, ni paciencia en el infortunio, ni templanza en la victoria. Ya lo dijo Cicerón, siendo gentil: «que la grandeza de ánimo que se conoce en los peligros y en los trabajos, si no está acompañada de la justicia, y pelea por su interés y no por el bien común, no es loable, sino reprehensible; porque no es virtud, sino una cierta fiereza enemiga de toda humanidad» (1). Y aquel sabio, entre los reyes de nuestra patria, como quien bien tenia aprendido qué cosa fuese valor en los hechos de su padre Fernando III el Santo, dejó asentada la norma de este valor en su Código de las Siete Partidas, diciendo á los caballeros: (2) «que de una parte habian de ser fuertes y bravos y de otra parte mansos é humildos.»

Mansos pues y humildes nuestros guerreros, y no confiando en la fortaleza de su brazo, sino en el poder del cielo, acometieron sus empresas, pudiendo decir con David en el dia de la victoria: «Vos

(1) Cicerón, Lib. I de Offic.

(2) Part. II, tit. 21, lib. 7.

sois, Señor, el que me ceñís y armáis con vuestra fortaleza, el que me haceis andar por camino limpio, y que mis pies corran como los ciervos, y me poneis en lugar alto y seguro; el que enseñáis á pelear á mis manos y dais vigor y fuerza á mis brazos como si fuesen arco de metal» (1). Si por ellos, pues, combatió el Señor, y del Señor fué el aliento de sus esforzados pechos, dentro del santuario debemos celebrar sus victorias y conquistas.

Y si estas victorias son más triunfos de la Religión, que desagravio del honor ofendido; si estas conquistas dan más campo á la Cruz de Jesucristo, que tierras al cetro de los reyes; si estas hazañas no son la dominación de la Lidia, de Babilonia y Asiria por Ciro; ni el vencimiento de la Armenia, de la Albania, de la Siria y de la Judea por Pompeyo; ni la destrucción del imperio romano de Occidente por los bárbaros; sino la defensa del templo y del hogar por los Macabeos, la derrota de Magencio por Constantino, la de los sarracenos en Tours por Cárlos Martel, y la Conquista de Granada por los Reyes Católicos, entonces el templo del Señor abre de derecho sus puertas á los conquistadores, los arcos de sus naves son arcos de triunfo para los defensores de la Religión y de la patria, la música de sus salmodias y de sus ritos son los cantos de victoria, y la nube de incienso que se eleva, repartiéndose en círculos azules, va formando coronas, trasunto de las del cielo, para la frente de los cristianos campeones.

Aquí es justo, pues, que celebremos el aniversario de aquel día en que se puso fin, por los perinclitos reyes D. Fernando V de Aragón y D.^a Isabel I de Castilla, á la gigante empresa comenzada por Pelayo entre las breñas de Asturias en Covadonga. Que la Conquista de Granada, como fué el acabamiento en España de la dominación sarracena, enemiga de la Cruz, fué la victoria de la Religión de Jesucristo sobre las alárabes huestes, fanatizadas por Mahoma. Ellas, alentadas por la ambición, *que se rie de la muerte*, (2) fiaron en el temple de sus aceros y en el brío de sus corceles: *Hi in curribus et hi in equis*. Nosotros, que nos vimos sin la libertad de la independendencia, sin el consuelo del hogar, sin el refugio del templo, degollados nuestros sacerdotes y salpicada de cieno la bandera de la patria, pusimos nuestra confianza en Dios, que es eterno repartidor de la justicia, y escudo de los que le temen. *Nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus*. Ellas fueron atadas con los lazos de los placeres, con la férrea cadena del orgu-

(1) Salmo 17.

(2) Rioja. Epístola moral.

llo y cayeron para no levantarse jamás. *Ipsi obligati sunt et ceciderunt*. Mas nosotros levantamos la frente con ayuda de Dios y nos pusimos derechos. *Nos autem surreximus et erecti sumus*.

Y aquí está ya iniciado el plan de mi discurso, que podemos concretar á esta sola proposición:

LA CONQUISTA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS FUÉ EL TÉRMINO FELIZ DE LA CRUZADA, QUE EN PRO DE LA RELIGIÓN Y DE LA INDEPENDENCIA PATRIA COMENZÓ PELAYO EN COVADONGA.

Árdua empresa es esta de pregonar las alabanzas de que es digna la Conquista de Granada, en este mismo suelo, testigo de tanta heroicidad y en donde por todas partes anda escrita la gloria de sus hazañas. Allí está Santa Fé, que nos habla de la humildad y alteza de pensamientos de la magnánima Isabela (1), allí el laurel donde Dios quiso guarecerla de las flechas certeras de los moros; ahí el Dauro, que parece que, cuando corre, nos cuenta con voz sonora el Triunfo del Ave María; allá las arboledas de la Alhambra, verde corona con que la naturaleza perpetuamente ciñe la frente del pueblo granadino, hijo de aquellos guerreros que la conquistaron; allá la Alhambra vencida; aquí en urna de piedra, labrada á maravilla, las venerandas cenizas de los reyes vencedores; aquí el cetro de Isabel y la espada de Fernando; aquí la Religión bendiciendo vuestro entusiasmo, ¡oh hijos de Granada! por la mano ungida del venerable sucesor de Fray Hernando de Talavera; el patriotismo latiendo en vuestros pechos, la tradición viva en vuestra memoria y ondeando en vuestras manos el estandarte, enseña de tales hazañas.

Pequeño yo en presencia de tanta grandeza, me atrevo á levantar la voz, haciéndoos el recuento de todas las glorias de la reconquista; porque, en hablando de Religión y de Patria, el peso de mis pensamientos y de mis palabras es el amor, y él me lleva por donde quiera que voy. *Amor meus pondus meum: illo feror quocumque feror*, que decía San Agustín.

Yo iré por los senderos de mi corazón, sabiendo que me escudan vuestra indulgencia de sabios, vuestra hidalguía de caballeros y la oración, sobre todo, que, como cristianos, conmigo levanteis á la Reina de los ángeles, diciéndola:

AVE MARÍA.

(1) Isabel I no quiso que la ciudad levantada por ella delante de Granada llevase su nombre, y le dió el de *Santa Fé*.

Como Benjamín, entre los hijos de Jacob, fué este pueblo ibero amado de Dios entre las otras naciones. Porque prueba grande de amor es en este mundo que los hombres envíen sus madres á sus amigos, para que los visiten y atiendan con muestras de cariño. Y Dios, cuando el apóstol Santiago comenzó á encender en Iberia la luz del Evangelio, mandó á su Madre en carne mortal, en alas de los ángeles, á las riberas del Ebro, para que bendijera con sus manos el árbol de la Religión, plantado en nuestra patria. Árbol bendecido por María, regado con el sudor del Hijo del Trueno y fecundizado por la sangre de sus primeros apóstoles, presto echó raíces hondas y se extendieron sus ramas, llevando los dulces frutos de la virtud. Bajo su sombra se meció la cuna de Lorenzo, que, recostado sobre las llamas, humilló el orgullo del tirano de Roma. Aquí durmieron el sueño de la inocencia Justo y Pastor, que, muriendo en aras de la Religión, pusieron más espanto en el corazón de Daciano, que Numancia destruida en el ánimo de Escipión. Y aquí, en fin, dieron testimonio de su fé los innumerables mártires de Zaragoza. Bajo la sombra de sus ramas se sentaron á cantar Aquilino Juvenco, Prudencio, Draconcio, Máximo y Conancio. Y era la voz de Juvenco, pintando á Jesus dormido sobre la barca, en las fieras ondas de Cafárnaum, como la sonora corriente del Jordan, á cuyas aguas pide la sagrada inspiracion. Prudencio, como Tirteo á los espartanos, alienta á los mártires de Cristo á la pelea y los corona con las poéticas flores nacidas de su corazón. Draconcio, como Jeremías sobre Jerusalem, llora en la oscuridad de su encierro (1) por su patria, despedazada por las guerras y hondamente apenada por las herejías. Y Máximo y Conancio, á imitación de aquel ilustre ibero, coronado en su juventud de mirto y de hiedra y sentado despues en la silla de Pedro (2), hicieron resonar las bóvedas de los templos, pulsando el arpa olvidada de los profetas y arrancando de sus cuerdas la rotunda armonía de los salmos.

Sus obispos se llaman Isidoro, á quien dá Dios alas de águila, para que su inteligencia vuele por todos los horizontes del saber

(1) Fué aprisionado por Gunderico.

(2) San Dámaso, Papa.

humano; Leandro, á quien los ángeles prestan su lira, para que cante las bellezas del Evangelio, é Ildefonso, á quien regala y viste la Madre de Dios los paramentos sacerdotales, para que ofrezca la Hostia Inmaculada, implorando de los cielos para España la dulce misericordia. Con tales pastores, dicho se está que el rebaño había de apagar la sed de su alma en claros manantiales, y que las ovejas descarriadas por riscosos derrumbaderos volverían al redil sobre los hombros del fatigado pastor. Ved á Recaredo, nacido para ejemplo de reyes esclarecidos, cómo pone oídos atentos á las amonestaciones de San Leandro, se empapa en las máximas de nuestra Religión y rendido por la fé é impulsado por la caridad, dá en tierra con el arrianismo, ennobleciendo la monarquía visigoda y atrayendo sobre nuestra patria las bendiciones del cielo. No parecía sino que para él había de escribir San Bernardo, siglos despues, su célebre carta al emperador Conrado, diciendole: «que no es menos oficio de César defender la Iglesia, que conservar la corona; porque lo uno le pertenecía como á Rey y lo otro como abogado de la Iglesia» (1), según Recaredo la defendió por todo el tiempo que se asentó en el trono despues de su conversión.

Ved cómo Sisenando pide con lágrimas en los ojos á los Padres del cuarto concilio de Toledo, que lo encomienden á Dios Nuestro Señor y determinen y establezcan todo lo que juzguen conveniente para el bién de la Iglesia; y cómo siguen sus pasos en las siguientes asambleas Recesvinto, Ervigio y Egica (2), rindiendo vasallaje de amor y obediencia á la Iglesia en sus legítimos prelados.

Esta era nuestra fé. Y la virtud se sentaba con el monarca en su solio, resplandecía en los escudos de los señores, se fatigaba con el pechero en la labranza, se acampaba con el soldado en los reales, enaltecia en la batalla y hacía venerable la hermosa faz de la patria, que era por eso respetada en paz y temida en guerra de propios y extraños, de amigos y enemigos, de belitres y poderosos. Por eso cuando veo á Witiza, primero, y despues á D. Rodrigo, olvidados de su fama y de su nobleza, entregarse á todos los desmanes del vicio, corrompiendo con su ejemplo las costumbres de sus vasallos, entristeciendo á la patria, porque adulteraban con la liviandad y ponían á Dios en olvido y á sus santas leyes; paréceme que veo á Sansón en brazos de la pérfida Dalila, ó que llega á mis oídos, lastimera y melancólica, la voz del poeta, que cantara en las márgenes del Sorrento, pintando á Reinaldo en la isla Afor-

(1) San Bernardo. Epístola XXIV.

(2) Tol. IV, VIII, XII, XVII.

tunada, entregado al vergonzoso amor de Armida, mientras allá en la Palestina sus hermanos los cruzados, envueltos en el polvo del combate, esgrimen sus aceros por rescatar el Santo Sepulcro (1). ¡Ah! ¡pobre patria mía! deshonrada por tus reyes, que convierten sus palacios en serrallos, demolidos los castillos de tu defensa, tus plazas sin murallas, tus guerreros olvidados del batallar y haciendo de sus lanzas y broqueles aperos de labranza, en mengua su honor y en desprecio los santos mandamientos, ¿qué ha de venir sobre tí, sino el castigo de tus pecados, la desolación y la ruina? ¿Qué vino sobre Jerusalem, olvidada de su Dios, sino la cautividad de Babilonia? ¿Qué vino sobre los medos, entregados á los festines, sino su destrucción por los persas? ¿Qué vino sobre los romanos, dueños del mundo, cuando se reclinaron en sus triclinios, sino la sangrienta inundación de los bárbaros? ¿Qué ha de venir sobre tí, sino el azote de Dios y el rayo de su ira? *Inimici Domini mox ut honorificati fuerint et exaltati; deficientes, quemadmodum fumus, deficient.* «Los enemigos del Señor, luego que fueren honrados y ensalzados, serán deshechos enteramente como el humo» (2).

La lanza ya blande
El árabe cruel y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento (3).

Ya montan Abuzara y Tarif sobre sus árabes corceles y con sus huestes hacen temblar la tierra debajo de sus piés. Ya Rodrigo, el sin ventura, traba con ellos desesperada lucha, y vendido por la traición de los hijos de Witiza y la venganza del pérfido Conde, pierde la batalla y la vida (4) y con ellas el cetro de los godos, y la

(1) *Jerusalem libertada*, del Tasso.

(2) Salmo XXXVI, 20.

(3) Fray Luis de León.—Profecía del Tajo.

(4) Pedraza, en su *Historia Eclesiástica de Granada*, tercera parte, cap. I, afirma que los AA. de mejor opinión no tienen por cierta la muerte de D. Rodrigo en la pelea, y trae para ello el siguiente epitafio, que dicen haberse encontrado en el sepulcro del rey, en Viseo, ciudad antigua de Portugal:

HIC REQUIESCIT RUDERICUS ÚLTIMUS REX GOTORUM.
MALEDICTUS FUROR IMPIUS JULIANI, QUIA PERTINAX; ET INDIGNATIO, QUIA DURA;
VESANUS FURIA, ANIMOSUS FURORE, OBLITUS FIDELITATIS, INMEMOR RELIGIONIS, CON-
TEMPTOR DIVINITATIS, CRUDELIS IN SE, HOMICIDA IN DOMINUM, HOSTIS IN DOMESTICOS,
VASTATOR IN PATRIAM, REUS IN OMNES. MEMORIA EJUS IN OMNE ORE AMARESCET, ET
NOMEN EJUS IN AETERNUM PUTRESCET.

Sin embargo, hoy la opinión más seguida cree que murió en la pelea y fué arrebatado por el Guadalete.

desdichada España. ¡Cuán presto avanza la lumbre por la selva, abrasándola toda! ¡Cuán presto España fué desolada y hecha cautiva de los moros!

¡Oh sublime y magnánimo Agustín, aún cuando tú lloraste sobre el África destruida por los vándalos de Genserico, paréceme que lloras sobre las ruinas de mi patria diciendo: «Á vosotros, amadores de este mundo, habla la verdad. Decidme: ¿á dónde está lo que con tanto afán amásteis...? ¿Qué se hicieron los deliciosos campos y las fértiles provincias? ¿Quién puso en ruina tanta hermosa ciudad? Esto lo predico llorando, mucho más que reprendiendo.... Bien veis tantos nobles y señoras tan ilustres reducidos á triste esclavitud. Pues ¿quién, viendo tal, quién escuchando tales tragedias y horrorosas calamidades, podrá templar los lamentos, sin decirle á Dios con el profeta Jeremías: Oh! ¡Quién diese á mi cabeza copiosa fuente de lágrimas, para llorar de día y de noche los difuntos de la hija de mi pueblo?»

Pero enjuguemos el llanto, *que aún hay Patria*: España bautizada con bautismo de dolor en las sangrientas aguas del Guadalete, se levanta regenerada de las márgenes del río y corre á refugiarse á las trincheras naturales de la nación, que son las ríscosas montañas astúricas, de donde jamás pudieron desalojarnos nuestros enemigos.

Pelayo acaudilla aquel resto de los bravos de nuestra patria. Su heroísmo, vencedor en Deva, le hizo rey entre los ríscos de Covadonga; amante de la Religión y de la Patria, como Matatías en Jerusalem, alzó el estandarte de la Cruz, hollado por los árabes, y lo mostró al cielo, pidiéndole venganza. Y Dios guerreó de su parte: las flechas de Alakor, que viene en contra suya con numerosas huestes, rechazadas por las rocas, y el rayo, que se desprende de las nubes, desgajando los ríscos y poniéndolos á su mano, como morteros de guerra, ayudan el valor de aquellos héroes, sembrando el espanto y la consternación entre sus enemigos, que se declaran en huida. *Hi in curribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.*

Y esta victoria es el comienzo de aquella cruzada de más de siete siglos, que hicimos en pro de la Religión y de la Patria. Héroes tuvo tan valientes como Godofredo, tan santos como San Luis, enemigos tan esforzados como Saladino, reveses tan formidables como el de Tiberiades, y favores del cielo tan claros y manifiestos, que debe ser ciego del entendimiento quien no los vea escritos en todas las páginas de esta historia. Que en esta epopeya nacional no son fingidos los dioses, que esfuerzan nuestros ánimos, ni fabu-

losos los espíritus celestes, que combaten á nuestro lado, ni inventados por Homero ó por Virgilio los genios del mal que desbaratan nuestros planes de campaña, cuando volvemos á Dios la espalda por el pecado. Aquí no está Eolo desencadenando los vientos á ruegos de Juno, para dispersar la armada del hijo de Anquises y de Venus; ni Mercurio preparando á los tyrios para que acojan á los troyanos; ni Venus cubriendo á Eneas de una nube, para que pueda visitar sin riesgo el templo de Cartago (1): sino Dios Nuestro Señor moviendo nuestro brazo en la pelea; la imágen de su Santa Madre estampada en el lienzo de nuestras banderas, y Santiago, cruzando los aires en su caballo blanco y aterrando á los moros con el claro fulgor de su mirada. Que nuestros reyes confiaron en Dios, y á medida que se iban ensanchando las fronteras de la patria delante del signo de la Cruz, iban levantando los templos sobre cuyas ruinas se sentaron los árabes á cantar el himno de la victoria. «¡Ay de ellos! que desenvainaron la espada y entesaron su arco, para derribar al desvalido; porque la espada se volvió contra sus corazones y el arco se quebró» (2).

Alfonso I *el Católico*, que arrolló á los árabes hasta el Duero; Alfonso II *el Casto*, que venció á Hixem en Lutos, invadió la Lusitania y llegó hasta Lisboa; y Ramiro I, vencedor en Clavijo de las huestes de Abderraman II, ¿qué otra cosa fueron sino guerreros cruzados, que rescataron en sus conquistas la Cruz para la Patria y la Patria para la Cruz? Ved á los bravos que bajan de los altos Pirineos, como fiero turbión contra los moros, cómo eligen por caudillo á Garci-Jimenez sobre la sepultura de un santo cenobita, á quien en vida consultaron sus designios, y á cuyas oraciones fiaron la felicidad de sus empresas. Ved á Alfonso III, que contó las batallas por victorias, cómo visita con santa fé el sepulcro del apóstol Santiago, para sacar de allí valor y esfuerzo con que volver á tajos contra los moros. Y ved á Ordoño II, triunfante en Mérida y vencedor en Talavera y S. Esteban de Gormaz, fundando la catedral de León, para que reposen sus huesos á la sombra del santuario.

Pero volvamos los ojos hacia los cristianos de Córdoba, que sin armas en la mano, confesando á Cristo, riegan aquella ciudad con su sangre; sangre inocente que se levanta á los cielos y cae despues como una maldición sobre sus verdugos. Era á la mitad del siglo IX y Abderraman II, kalifa de Córdoba, quiso, instigado por

(1) Aeneidos, Liber I.

(2) Psalmo XXXVI, 14 y 15.



el infierno, que el yugo de su dominación fuera sentido por la Iglesia, en los cristianos que vivían sujetos bajo su fiera coyunda. Destruyóles bárbaramente sus basílicas, y consintió que el populacho musulmán los persiguiese con toda la rabia del fanatismo. Y ellos, humildes y generosos, á quienes Córdoba debía toda su ilustración y toda la preponderancia de su literatura (1), viéndose acosados por todas partes, para que negasen á Cristo, extendieron liberalmente sus manos á las cadenas y sus cuellos á las cimitarras. Y Perfecto, Isaac, Juan, Adolfo, Emila, Jeremías y las delicadas vírgenes Columba y Pomposa, derramaron su sangre y regaron con ella las orillas del Guadalquivir. Y para consumir la obra de destrucción, herido y amenguado el rebaño cristiano, también fué muerto el pastor, el insigne Eulogio, cuya muerte lloró Albaro, cantando tristemente sus alabanzas.

Abderraman! Abderraman! ya están cumplidos tus bárbaros designios: de un lado tu política impía, celebrando infames conciliábulos, y de otro lado tu cuchilla, han sembrado la muerte en la Iglesia de Dios; pero tiembla sobre tu trono, porque muy luego se cumplirá la profecía de los mártires que predijeron tu fin (2), secándose la lengua en tu garganta, mientras tus oídos escuchan á lo lejos, como ecos de vaticinios, el golpe que dá tu imperio al destruirse y el ruido belicoso de las bravas mesnadas del santo hijo de Berenguela, que vendrá á convertir tu mezquita en basílica cristiana.

Y así en efecto sucedió: porque después de las victorias ya dichas de los Alfonsos, de los Ordoños y de los Ramiros, y luego que fué vencido Almanzor, y muerto, como Atila, del pesar de la derrota; paseó Fernando I, rey de Castilla y de León, sus armas triunfantes por la antigua Vardulia, y extendió las fronteras de sus dominios hasta el Manzanares, apoderándose del invicto castillo de Madrid. Y, dejando á un lado, por rastrera, la codicia de Sancho *el Fuerte*, vino luego sobre Toledo Alfonso VI, y la tomó, y celebró concilio para devolverle su antiguo esplendor, como primada y córte de España. Y el Cid puso en duda, con su increíble valor, la realidad de sus propias hazañas. Y vino Alfonso VII, que tantas tierras arrebató á los moros, y tantas coronas sujetó á su cetro, que mereció que el Papa Inocencio II consagrara su poderío, nombrán-

(1) D. Francisco Javier Simonet, sabio catedrático de árabe de esta Universidad, ha probado palmariamente que la ilustración de los árabes fué debida á los mozárabes, ó séanse cristianos que se sometieron á los musulmanes.

(2) San Rogelio de Íllora y su compañero Servio Deo.

dole emperador. Y á fé que cayó bién en sus sienes esta corona; porque él dirigió á su antojo y para el logro de sus intentos aquellas oleadas de almohades, venidas del África para ayudar á los árabes oprimidos por los almoravides. Y vino luego Alfonso VIII, derrotado en Alarcos, para que venciese en las Navas de Tolosa con auxilio de las lanzas de Navarra y Aragón, que á la voz del Pontífice acudieron á cruzarse en pro de la cristiandad, amenazada de muerte. Y allí murieron á millares los hijos de la Media Luna; fueron impelidos y no pudieron tenerse de pié. *Ibi ceciderunt qui operantur iniquitatem: expulsi sunt; non potuerunt stare* (1). Y venció la Religión de Cristo del Korán: que por eso la Iglesia señaló este día celebrando el Triunfo de la Santa Cruz. Y vino, en fin, precedido de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago, el santo hijo de Berenguela, de quien más propiamente que de Trajano pudiéramos cantar con el poeta (2):

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador *Fernando*,
Ante quien muda se postró la tierra...;

vino con el rey caballero, Jaime I el expugnador y conquistador de Valencia; vino seguido de las mesnadas de las ciudades, trayendo sobre el arzón de su caballo la Virgen de las Victorias, para plantar la Cruz sobre la mezquita de Córdoba, para rendir á Sevilla con Garci-Perez de Vargañ y para restaurar, en fin, con sus manos la insigne catedral de Toledo. *Hi incurribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.*

Y para que todo en España fuera consagrado á la Religión y puesto al servicio de la Patria, desde el brazo del vasallo hasta la inteligencia de los reyes, desde la trova del poeta hasta la oración del sacerdote; cuando la robusta habla castellana comenzó á formarse en los recintos de los palacios y en los claustros de los monasterios, sus primeras frases balbucientes fueron consagradas á María Madre de Dios en las ternísimas cántigas del Rey *Sabio*.

Y diciendo Santo Tomás «que la sabiduría y la potencia son hermanas de la verdadera Religión, y que en faltando esta, faltan aquellas» (3); como esta no faltó en nuestra España, no temais que amengüe nuestro poder, ni se duerma el valor en nuestras venas, cuando las orillas del Salado desaparezcan bajo las huestes innu-

(1) Psalmo XXXV, 13.

(2) Francisco de Rioja ó Rodrigo Caro, como sostiene la Academia.

(3) Santo Tomás. Opúsculo 20, lib. 2, cap. último.

merables de Abul Hasan: Dios peleará con nosotros, y aunque cada uno de nuestros soldados tenga que reñir con cien enemigos, las aguas del rio, tintas en sangre mahometana, correrán veloces hacia la mar, para dar cuenta al mundo de nuestra victoria.

Pero apartemos los ojos de la Peña de Martos, del Alcázar de Sevilla, del castillo de Montiel y del infame simulacro de los campos de Ávila, porque delante de tamaños desafueros la indignación nos acalora, la traición nos humilla y la vergüenza enciende nuestro rostro; y volvamos la mirada hacia este rincón encantado de nuestra patria, donde los moros se repliegan, no sé si perseguidos por las lanzas cristianas ó atraídos por las maravillas de su suelo.

Granada! héme ya junto á tí. Encerrada mi imaginación en la armadura de los guerreros, que, campeando sus banderas y esgriñiendo sus espadas, han venido ensanchando los horizontes de la patria, ya estaba deseoso de admirar tus bellezas y de enviarte un saludo desde las huestes cristianas, cobijándome el estandarte de los Católicos Monarcas. Granada! ciudad escogida por Dios para la realización de sus altos designios y fundada por mano de reyes (1); tú tienes blanco dosel de montañas de nieve, alfombra de rosales y azucenas, y pabellones de bosques oscuros, donde cantan los ruiñones y murmuran las aguas tus leyendas. En tí descansó Asdrúbal de sus batallas (2); á tí respetaron las águilas romanas (3). Tú estás bañada con sangre de mártires; porque á más de Cecilio, tu apóstol, en tí dieron testimonio de la fé de Cristo, entre otros cien, Hiscio y Tesifón, Crispulo y Restituto. En tu seno se celebró aquel famoso concilio Iliberitano, cuyas máximas y preceptos andan esparcidos por los libros del humano saber, como elocuente testimonio de la ciencia y de la virtud de los Padres que lo compusieron. Ahora cuidan de tí los hijos de Mahoma, que, admirando tus bellezas, te llaman granada de rubies, nidó de palomas, luna llena, Oriente del Sol y puerta del Paraíso. En tí vive ahora el pecado, tienes las manos llenas de sangre de mártires y eres por la arrogancia de tus reyes, por las delicias de tus jardines, por lo muelle de tus costumbres, por tus alcázares de placer y por el odio

(1) Pedraza, *Historia Eclesiástica de Granada*, cap. IV.

(2) Habiendo conquistado los cartagineses esta tierra, nombraron á Asdrúbal su vice-rey ó gobernador.—Floriam de Ocampo, lib. 4, cap. 23.

(3) Aunque los romanos vencieron á los cartagineses y sucedieron en el señorío de España, nunca fueron señores de Iliberia, ni sus presidios entraron en ella.—Pedraza, *Historia Eclesiástica de Granada*, primera parte, cap. IV.

que reina entre tus hijos, eres la imágen de Babilonia, de aquella Babilonia de la que dijo San Agustín que fué edificada por el amor propio de los hombres hasta despreciar el de Dios. Por eso ahora vienen sobre tí los guerreros de la Cruz, para levantar en tu recinto templos que, como este, sean la personificación del amor á Dios hasta el desprecio de sí mismo.

Mira: allá tras las sierras de Loja acampan ejércitos cristianos, mandados por el rey de Aragón Fernando V, y por la reina de Castilla D.^a Isabel I, unidos corazones y cetos, por los santos vínculos del matrimonio. Fernando, caballeroso y fuerte como el Cid, prudente como Anibal y afortunado como Carlo-Magno, viene de aquellas tierras visitadas por María antes de su Asunción á los cielos, para hacerte cautiva en el dia memorable de su visita. Isabel, subida al trono por las gradas de la más extrema legalidad; en el palacio honesta, en la batalla Juana de Arco y en el trono Santa Elena, tiene por cetro la justicia, por estandarte la Cruz, y su constante pensamiento es extender la Religión del Crucificado por todos los confines de la tierra. Sobre tí vienen ¡oh Granada! y los guerreros que les siguen, son los condes de Tendilla y Medinacelli, de Ureña y de Cabra, Bohorques, Pedro Velazco, Gonzalo Fernandez de Córdoba y Pulgar el de las fazañas.

A tí, ¡oh Granada! las ambiciones te dividen, las banderías te despedazan, los placeres te debilitan y el orgullo te vuelve sorda, para que no escuches el bélico rumor de las legiones cristianas, que avanzan hacia tí, en son de conquista. No son *lanzas y espadas las que tú fabricas*, para pagar el tributo, con que te obligó á Castilla, Fernando III el Santo; son cadenas, las que eslabonas en uno y otro dia de desidia y de discordia. ¿Por qué rompes la tregua y faltando á tu palabra, sorprendes en noche de tormenta el castillo de Zahara? Mira la mano de Dios, que es justiciero, impulsando á los soldados de la fé, que caen sobre Alhama como leones en medio del silencio de la noche. ¿Quién enjugará ya el llanto de tu rey Boabdil, aquel llanto empezado, al caer Alhama y terminado por un hondo *suspiro* en aquella colina, donde ya sin huestes, ni corona, mirará por última vez las almenas y las torres de la Alhambra?

Pero ah! ¿Quién detiene el rayo que se desgaja de las nubes, para destruir la nave zozobrante entre las ondas del furioso mar? ¿Quién podrá contener la justicia de Dios, ardiendo en el corazon de los monarcas de Aragón y de Castilla, que corren hacia Granada, desbaratada por sus pecados, para terminar su destrucción? Á su paso ríndese la encantada Ronda, la del medroso Tajo; y Marbella, garza blanca, que se baña en las aguas del Mediterráneo; y cayó Loja,

mi ciudad nativa, que cercada de fuentes y de verdura, teñida con la sangre reciente del Maestre de Calatrava (1) y bañada por el Genil, parecía recostada á la falda de la sierra, amazona rendida del batallar y descansando en las orillas del rio Termodonte; y cayó Málaga, perla de los mares, guardada por Gibralfaro; y cayeron Baza, Guadix y Almería, como caen las barbacas, que defienden la fortaleza.

Roto y echado por tierra el antemural, asomaron por sus brechas abiertas la faz severa los conquistadores. Ya están frente á Granada, sin que haya otro castillo que rendir, ni otra ciudad que tomar, para llegar á ella. Su real es Santa Fé: aquella fé, que levantó á Pelayo en Covadonga y acompañó á todos los héroes de la Reconquista, parece como que toma cuerpo en la ciudad, que se edificó frente á Granada. Ya tocan con sus lanzas los guerreros cristianos las puertas de hierro de sus murallas.

Ah! Excmos. Sres., cuando Alejandro, que subyugó la tierra, vino airado sobre Jerusalem, el Pontífice sumo del pueblo de Dios, vestido con sus sagrados ornamentos, se presentó al conquistador, y á su presencia, sobrecogido Alejandro de religioso respeto, derribóse de su caballo y se retiró con su ejército de Jerusalem; y Atila, el azote de Dios, cuando llegó á Roma, como un torrente, devastándolo todo, paróse mudo de asombro, en presencia del Pontífice San León, y mandó á sus terribles hunnos que se apartasen de la eterna ciudad, porque en ella estaba Dios. ¿Pues cómo es que ahora, cuando Granada está amenazada de muerte, y se estrecha más y más el cerco de hierro sobre sus muros y el hambre se pinta en su descompuesta faz, cómo es que el pontífice del Islam no sale á atajar con su presencia el paso del fiero conquistador? Ah! es que Dios no estaba con los sitiados; Dios venía con los conquistadores. *Hi in curribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.* Ellos confiaron en sus lanzas y en sus caballos; nosotros, cruzados por la Religión y por la Patria cautivas, invocamos el nombre de Dios Nuestro Señor.

Por eso cuando es llegada la hora de la justicia, y el sol, como imagen suya, asoma lentamente la faz augusta tras de la nevada

(1) El Maestre de Calatrava murió de dos flechazos, en el primer real que pusieron los cristianos sobre Loja, de la que se tuvieron que retirar vencidos.—Hernando del Pulgar, *Crónica de los Señores Reyes Católicos*, cap. VIII.

En Loja se ha conservado hasta hace poco, en la cuesta del Socorro, un sencillo monumento llamado la *Cruz del Maestre*, como recuerdo de haber espirado en el mismo sitio.—La Fuente Alcántara, *Historia de Granada*, tomo III, cap. XVII.

sierra, para alumbrar con sus rayos el memorable día dos de Enero del año mil cuatrocientos noventa y dos, no son las banderas del ejército, las que primero ondean sobre la Alhambra: es la Cruz de plata del Cardenal Mendoza, la que se clava primero por sus propias manos sobre la Torre de la Vela, para que luego su hermano el Conde de Tendilla campee el estandarte de la Patria sobre el alcázar régio de los árabes, diciendo los reyes de armas á grandes voces: «Granada, Granada por los Reyes de Aragón y de Castilla Don Fernando é Doña Isabel.»

Fernando é Isabel, que esperaban con impaciencia santa esta señal, cuando vieron sobre la torre la insignia de la Cruz, se prostraron en tierra, y arrodillado el ejército, y derramando lágrimas de alegría, dieron los Reyes gracias á Dios, repitiendo á voces con frecuencia: *non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.*

Y la Religión por boca de sus ministros, y la Patria con sus clarines de guerra y con la voz de sus cañones, coronadas Patria y Religión por la diadema de rojas y blancas nubes que ciñen el horizonte, cantan con entusiasmo, mientras se aleja tristemente de Granada Boabdil vencido: *Te Deum laudamus; Te Dominum confitemur.*

Con razón, pues, decía yo que la Conquista de Granada por los Reyes Católicos fué el término feliz de la cruzada, que en pro de la Religión y de la independencia patria comenzó Pelayo en Covadonga. *Ipsi obligati sunt et ceciderunt; nos autem surreximus et erecti sumus.* Ellos fueron obligados y cayeron; nosotros nos levantamos en Granada de la caída en el Guadalete y nos pusimos derechos, constituida nuestra monarquía y siendo los señores del mundo. Que la conquista de Granada, como fué el triunfo de la Religión de Cristo sobre Mahoma, no solo fué victoria para España, sino para toda la cristiandad: así es que á donde nuestras armas no llegaron, y se pasearon triunfantes por la mitad de Europa y allende los mares, llegó nuestra preponderancia.

Señores, el grande hijo de Filippo fué guiado en sus conquistas por la ambición, y aunque sus dominios fueron la Grecia, el Egipto, la Media, la Persia, la India, cuando arrojó la espada, vertiendo lágrimas de ira, porque no restaban más tierras que conquistar, obtuvo, como premio de tan insensatas grandezas, el cumplimiento de sus vaticinios, siendo sus funerales sangrientos por la codicia de sus capitanes, que despedazaron su imperio. César, que venció á los galos; y á Farnaces, rey de Ponto; y á Pompeyo y á sus hijos, que le disputan el dominio de Roma en Farsalia, en Africa y en Munda, y fué nombrado dictador perpetuo y declarada sagrada é

inviolable su persona, como fué guiado en sus conquistas por la ambición, fué muerto en el Senado á puñaladas. Mas los Reyes Católicos, que en la conquista de este reino fueron llevados por la fé del Crucificado, obtuvieron, como recompensa de sus bien logrados esfuerzos, el descubrimiento del Nuevo Mundo. *Ipsi obligati sunt et ceciderunt; nos autem surreximus et erecti sumus.*

Y para que nuestra memoria jamás pusiera en olvido hazaña de tanta trascendencia, nuestros soldados, que fueron rayos de la guerra, cansados de avasallar al mundo con la espada, quisieronlo domeñar con la luz de su inteligencia, siendo cada uno en las obras de su ingenio, lo que Pelayo en Covadonga, el Cid en Castilla, Isabel en Granada, Colón en América y el Gran Capitan en las riberas del Garellano. Que si el nieto de Chindasvinto fué el primer restaurador de la Religión y de la Patria, Fray Luis de Granada ennobleció el habla castellana, haciéndola rica, elegante y armoniosa; si Don Rodrigo Diaz de Vivar, puso miedo en el corazon de los árabes con sus proezas, Calderon de la Barca asombró á las naciones con su *Vida es sueño* y su *Mágico prodigioso*; si Isabel I expulsó de España á los malhadados judios y concluyó con la dominacion sarracena, Cervantes acabó con las ridículas fábulas de los andantes caballeros y colocó su nombre al terminar su empresa en la cima del Parnaso; si Gonzalo Fernandez de Córdoba adquirió por sus innumerables hazañas el renombre del *Gran Capitan*, Lope de Vega Carpio, por la fecundidad de su inteligencia, fué nombrado el *Fénix de los Ingenios*; y si Colon, en fin, puso un mundo de rodillas ante las plantas de Isabel I, San Juan de la Cruz, tendiendo una escala al cielo con los poéticos efluvios de su enamorado corazon, puso en comunicación el mundo de los hombres con el mundo de los ángeles.

Ah! sí, esta epopeya de la Reconquista, cuyos épicos versos yacen silenciosos entre las breñas de Asturias, se anidan como bandada de aves entre las sombras del templo gótico de Toledo, se mecen con los árboles sobre las márgenes del Guadalquivir y resuenan dentro del sepulcro de Isabel y de Fernando; como no ha podido ser repetida por nuestros labios, fué copiada, si por los génios en sus obras, por los Santos españoles en la singular manera de batallar contra los vicios y de ejercer las obras de misericordia para con el prójimo. Teresa de Jesus reforma el Carmelo, escribiendo las *Moradas*, altísimos castillos de la oración, desde cuyas almenas guerrear las almas consagradas á Dios y desconciertan los planes arteros de Luzbel, que por pelear contra ellas, tambien batalla contra la Iglesia. Ignacio de Loyola, soldado por el Rey,

herido en Pamplona precisamente en el año en que, desenmascarado Lutero, comenzó á hacer guerra al catolicismo (1), se levanta del lecho denodado campeón de la Iglesia, y prosternándose delante del Papa, le presenta la aguerrida *Compañía de Jesus*, que tantas proezas habia de llevar á cabo en contra de la libertad de pensamiento. José de Calasanz, cuando alborea en sus ojos la primera luz de la razón, y entiende que Satanás es enemigo de Dios, acaudilla tropa de inocentes niños y sale al campo en busca de tan temible adversario, significando por esta manera la guerra que habia de hacer al infierno, instruyendo á los párvulos en el santo temor de Dios. Y si las armas de nuestros guerreros extienden nuestros dominios de tal modo que el sol, al asomar por todos los horizontes de la tierra, siempre vaya saludando el noble pendón castellano, las virtudes de nuestros Santos de tal manera hicieron religioso al pueblo español, que cuando venció el poder otomano en las aguas de Lepanto, más triunfó con sus oraciones que con su valor inenarrable. *Hi in curribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus. Ipsi obligati sunt et ceciderunt; nos autem surreximus et erecti sumus.*

Ahora, Señores, siento impulsos de llorar, cuando veo caída de nuestras manos la unidad religiosa, ó sea la fuerza que nos dió el nombre de héroes en la Reconquista, la abnegación con que nos lanzamos al mar en las carabelas de Colón, para descubrir un Nuevo Mundo, la inquebrantable firmeza con que rechazamos el protestantismo, cuando casi todas las naciones europeas prevaricaron, el patriotismo con que derribamos en Bailén el poderío de Napoleón y el indomable valor con que llevamos enhiesta nuestra bandera en África, de victoria en victoria, hasta los muros de Tánger.

Aliéntase, empero, el corazón, cuando advierte que por encima de todas las tinieblas del subjetivismo en la filosofía, del naturalismo en la literatura y del sensualismo en las costumbres, flota como nave salvadora sobre revuelto mar, la estatua de Isabel I, levantada en la capital de nuestra España.

Tornad á ella los ojos, ¡oh hijos extraviados de mi patria! y aprended con tan grande ejemplo de piedad y de heroísmo, cómo se salvan las naciones y cómo se alcanza la verdadera independencia.

Aquí, ¡oh Excmos. Sres. é hijos de Granada! no está su estatua levantada en son de triunfo; pero viven sus recuerdos con los de

(1) Rivadeneira, lib. 2, cap. 18 de la vida de San Ignacio de Loyola.

Fernando, habla su piedad por todas partes, predica amor á la Patria su justicia, y triunfan sus cenizas de nuestras almas, que vienen cautivas al templo, donde duerme, á enorgullecerse noblemente de ser hijos de España, á bendecir á la Religión, que con tales dones nos enriquece, y á protestar de rodillas ante la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, de no apartarse de sus caminos, que son los únicos que nos llevan á la inmortalidad.

ASÍ SEA.

O. S. C. S. R. E.